

PONENCIAS

DESTIERRO: EJECUTORIA Y SÍMBOLO

Enrique de Rivas

Roma-México

*Escogerás el exilio para
decir la verdad. (Nietzsche)*

¿Transterrados? ¿Exiliados? Son eufemismos. Fuimos, ante todo, "refugiados". A quien exilian o destierran le sacan de un contexto donde resulta incómodo o peligroso. Quien "se refugia" lo hace por salvar la piel. Huyeron nuestros padres de la destrucción física y moral, con sus apéndices, que éramos nosotros. Los hijos, en la infancia, son la prolongación material de los padres. De mayores, su continuación, con variaciones y metamorfosis.

En tanto que niños y apéndices, no nos cabe siquiera el honor de habernos refugiado por iniciativa propia. Nos *refugiaron* para protegernos mientras duraran los motivos o las causas: el franquismo en España y el nazifascismo en Francia, país que había sido nuestro primer refugio. Refugiados, pues, dos veces: de un contexto puramente español y de un contexto europeo después. Es la primera candidatura a la ejecutoria de refugiados universales que compartimos, en el siglo XX, con una larga serie de etnias, y en el pasado con moriscos, hugonotes y puritanos. Pero nuestro refugio había de ser pasajero, se sentía absolutamente como transitorio: volveríamos a España cuando acabase la guerra...

Para preservarnos en vista de ese regreso, nos transterraron, con las raíces tiernas totalmente al aire, pero al pasarnos de una tierra a otra, como no se trataba de que echásemos raíces exóticas, tuvieron buen cuidado de que el *abono* fuera el mismo que el del otro lado del océano o lo más parecido, para que resultásemos las mismas plantas que hubiéramos sido de no haber existido la necesidad del refugio. Ya Francisca Perujo lo expresó en 1980 en los *Pliegos de Peña Labra* con una delicadeza de la que soy incapaz¹, y Manuel Andújar, con otra imagen: ceniza y ascuas, en la revista *Diwan* (1981)², que en dos palabras hace símbolo de lo que fue nuestra realidad, porque si del ascua se expande el calor que hará

¹ Francisca Perujo, "Epílogo: De raíces y trasplantes", en "Segunda generación de poetas españoles del exilio mexicano", *Peña Labra, Pliegos de Poesía* (Santander), 35-36, 1980. Antología seleccionada por Francisca Perujo, "Prefacio", por Francisco Giner de los Ríos.

² "Desde un ayer de cenizas y ascuas. Renovadas consideraciones sobre el exilio español en México y nuestra cultura viva", *Diwan* (Zaragoza), 11, julio de 1981, pp. 87-100.

posible que la planta removida crezca, las cenizas encubren siempre el fénix de la resurrección.

Crecimos, pues, en "tíestos" hechos para nosotros, es decir, en ambientes familiares reconstituidos en función principalmente de lo que había que preservar, en colegios hechos para nosotros, con maestros para nosotros, envueltos en una mitología para nosotros, mitología que nacía, como todas, de la observación de las catástrofes naturales: la mitología de una religión de libertad y de ideales nobles.

Ese fue el aire de los que llegamos a México en nuestra infancia o primera adolescencia. Hasta 1945, final de la guerra planetaria, crecimos así, y todavía se nos dieron de propina unos años más: era inevitable –se aseguraba– la caída del régimen franquista. Mientras tanto, seguíamos "refugiados" en México, y por lo tanto *éramos* refugiados. Circunstancia y esencia quedaban plenamente justificadas en una aplicación del verbo *ser* que se sentía como una ejecutoria.

Resultado: nos forjaron una conciencia de españoles impregnada del orgullo de ser "refugiados"; (¿pero es necesario explicarlo?) de españoles republicanos para quienes la República *era* España, y a falta de "tocarla" tocábamos sus símbolos: su himno, su bandera, sus centros de reuniones, sus publicaciones, sus actos conmemorativos; pronto, sus entierros: cada funeral era como enterrar un poco de España.

Todo eso era válido, era la realidad, nuestra realidad cotidiana y más segura. Segura como una roca, porque lo que vivíamos, ese "ser refugiados", era vivir en un paréntesis, y segura porque siendo aún niños de trece o catorce años no había entrado en nosotros ni siquiera la "duda" que comporta toda toma de conciencia. No teníamos "conciencia" de ello porque dentro de ello estábamos, formando parte suya. El símbolo todavía era carne.

Con el despertar de las primeras y dolorosas madureces adolescentes y con ellas de la sensibilidad artística o literaria en algunos, viene el "albor" de esa conciencia del "dolorido sentir" que, por cuanto heredada de nuestros padres o bebida del medio ambiente, hacemos nuestra en una operación alquímica que transmuta lo ajeno en propio.

La metamorfosis de la generación de nuestros padres, acrisolada en la nostalgia auténtica y concreta y en la *pasión* todavía arrebatadora de un pasado aún entonces terriblemente vigente, se cumple o empieza a cumplirse en nosotros con matices propios. Y si a esa toma de conciencia corresponde en un momento dado la película de García Ascott *El balcón vacío* o algunas de las "Canciones de Vela" de Luis Rius, o más escondidamente, pero igualmente perceptibles para un ojo sensible, los paisajes de la poesía en catalán de Ramón Xirau o la *luz provisional* de Tomás Segovia, e incluso cierto "telurismo" del malogrado Inocencio Burgos, otro incipiente poeta de diecisiete años que escribe en 1948 un poema dedicado "a la Catedral de León sólo vista en fotografía", donde dice:

Quizás con la quietud de tu belleza
Lograra yo evocar lo que no existe,
Un lánguido deseo de nostalgia
Que quisiera sentir para sentirte.

Sentirme entre las brumas de una ausencia
Que no puedo llorar porque me falta (...)

Quisiera al fin poder pensar tan sólo
Que sé que eres un algo que yo llevo
Como cosa de un suelo que me nombra
Pero que falla en mí si le recuerdo.

Empieza a partir de ese momento el lento descubrimiento de haber asimilado vivencias ajenas y de participar en ellas "vicariamente".

Tengo para mí que ese es el momento en que cobra carta de naturaleza el concepto de "destierro", no en su sentido político, sino literal, etimológico, en su sentido de no-tierra. Estamos en la "no-tierra". Esta vicariedad es quizás el secreto elemento que, paradójicamente, ha formado en algunos de nosotros un cordón umbilical con nuestro origen de españoles sentido como indestructible, porque no está en relación de dependencia con una "tangibilidad patria" o una temporalidad circunscrita a una geografía. Sentir las cosas españolas (por cosas entiendo las esencias de todo lo que es español) vicariamente en aquella edad, era una herencia directísima y vivísima de la mayor ejecutoria que marcó la vida de nuestros padres en España: su participación, es decir, su entrega plena, total e incondicional a la *hora* que les tocó vivir.

Esta entrega, hecha de todo eso que nos han enseñado a considerar sublime: sacrificio, fidelidad, generosidad, solidaridad, que era participación total del ser, venía a ser lo contrario de la mezquindad y de la bajeza, constituía una especie de pureza de la cual, incluso, no se hablaba demasiado por pudor.

Era un tesoro que, consciente o inconscientemente, hemos absorbido en su totalidad y que aún hoy día sigue siendo una roca tan firme para asentar los pies que, por mucho que se hayan trastocado los elementos constitutivos de nuestra realidad, y por muy grande que haya sido el movimiento de traslación de nuestro universo español, sigue siendo la atalaya desde donde cada uno de nosotros puede gritar: "¡Yo sé quién soy!". Que ese grito no encuentre eco es casi indiferente. El árbol no necesita que le llamen árbol para sentirse que lo es.

Con el descubrimiento o la afirmación interior de nuestra vivencia de españoles se intensifica el contraste con las circunstancias inmediatas, acarreado este proceso un desgaste más o menos permanente, según las coordenadas personales de cada cual. El "destierro", vivido como ausencia de tierra, se va desprendiendo de sus adherencias mortales. Los símbolos externos del "ser refugiados" van dejando de ser "carne" para transmutarse interiormente en sus equivalentes inmortales. El símbolo pasa a ser mero signo y reliquia. Los emblemas del destierro republicano, cuando perseveran encarnizadamente, cobran matices de beatería. Pero sobrevive, en una interioridad no circunscrible a coordenadas

geo-políticas, la savia primigenia de donde tomaron fuerza para existir, savia o luz, que en palabras de Francisco Giner de los Ríos, es la luz de un verano común a que nos convocó nuestro personal destino³.

Mas este verano común, para haberlo aceptado definitivamente como tal, y sentirlo como un verano perpetuo, ha tenido que desarrollarse lenta, muy lentamente, como una especie de iniciación a un misterio de ritos escondidos, el último de los cuales había de desvelarse sólo bajo el signo de la muerte. Mientras Ulises estuvo errante, Penélope tejió y destejió su tela, ignara de su destierro definitivo, pero confiada, secreta, desesperada y fielmente al mismo tiempo, en su buen éxito final.

Yo no sé cuántos, pero sospecho que muchos, muchísimos, siguieron en los años de la "no-tierra" tejiendo y destejiendo; tejiendo incluso con pedazos de la tierra que les faltaba, porque medrosa y fugazmente íbamos a España a percibir, a tocar, a sentir un pulso que identificábamos con el nuestro, a escuchar un latido reconocible pero que estaba sepultado bajo capas de materia espuria; y escuchábamos o creíamos escuchar ese latido como en sordina, esperando el momento en que ese manto de plomo que parecía pesar sobre la realidad española se derritiera.

El fénix rebullía en sus cenizas, arropado en el rescoldo; y las plantas de los pies, al tocar la tierra, reconocían la comunidad de sales y de olores. Pero la anagnórisis no podía cumplirse. Faltaba que se acabara de desvelar Orestes, el que vuelve por sus fueros. Para poderlo hacer, el maleficio tenía que desvanecerse. Era, o nos ilusionábamos con que era todavía una encarnación mortal. Sabíamos que nada sería exactamente como lo habíamos imaginado, pero... "¡España es el país de las sorpresas!". Era el último refugio de un mesianismo, a la vez motor y cegador.

No recurro a símiles de la cultura griega como un fácil expediente. Yo me bauticé de des-terrado sólo en 1958, cuando me fue dado ir a Grecia por primera vez. Allí comprendí, al pisar las rocas frente a la Acrópolis, donde paseaban Sócrates y Platón, que pisaba tierra de verdad. Pero comprendí también que debía ese bautizo a un profesor español del Instituto Luis Vives de México, que había transcurrido varios años en un campo de exterminio nazi, y que era quien me había hablado de Platón; a otro que había sido discípulo de don Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza, y que me había descubierto a los trece años el mito de Edipo y el de Electra. En todos esos recuerdos, asimilados confusamente a lo largo de los años, latía el mismo amor a una verdad consubstancial con el suelo propio, que no era más que la extensión ideal de un suelo universal encarnado por el de la Grecia clásica. Todo ello quedó sellado cuando descubrí, al fondo del pasillo del mísero museo de Esparta, la espléndida sonrisa de Leónidas victorioso ante la

³ Francisco Giner de los Ríos, "Prefacio" a "Segunda generación de poetas españoles del exilio mexicano", *Peña Labra, Pliegos de Poesía* (Santander), 35-36, 1980.

muerte. Comprendí entonces que el "exilio" podía ser un modo de estar profundo y universal, porque todos vivíamos desterrados de la antigua verdad de esa luz griega.

Por ello, mi primer reencuentro con España después de 1939 quedó presidido por lo griego. Cuando volví en 1962, el "yo" que regresaba lo hacía un poco en nombre de otros, como filtrando sus miradas y sus voces entrañables en una reencarnación que trascendía las circunstancias perecederas del hecho puramente anecdótico; y la realidad de "Endimión" que dormía con los ojos abiertos, se me impuso como óptica inescapable para empaparme de una vez de la madurez a que me obligaban mi ser y mi estar en la historia, y despojarlos de toda ambigüedad.

Mas subsistió, indestructible, a pesar de todo, la debilidad humana que llamamos esperanza. Teñida, en un momento dado, por un elemento nuevo y sacral: la muerte de los padres. Al pasar a "primera fila" se nos añade algo que no existía antes: la conciencia de una responsabilidad, que conlleva algo parecido al sentimiento de la redención. Habían muerto sin ver "el día" que confesadamente o no, soñaban todos.

Cuando llegó ese día, fue difícil sentirlo como propio. De nuevo la vicariedad se adueñó de la vivencia, legítimamente, excluyendo una verdadera celebración gozosa. La dictadura había pasado a la tumba, y allí quedaba, bajo una losa, como quedan todos los muertos. Y hubo quien dijo "que los muertos entierren a sus muertos", pero no en el sentido que esto tuvo hace dos mil años, sino con una intención pragmática y oportunista. Inaceptable. Porque había muertos muertos y muertos vivos, y éstos habían reencarnado en lo que habían sido sus apéndices, sin otra razón que la de poder decir: "Estamos aquí".

En ese instante del desvanecimiento de la dictadura por la muerte física de su encarnación, se hace presente un nuevo elemento en nuestra vida: la conciencia de encarnar una continuidad, recogiendo una herencia.

Han pasado veinticinco años desde entonces. Los suficientes como para hacer ver claramente que de esa nueva hora española que sonó en ese momento pocos paralelismos se podrían hacer con la que nos puso en otra dimensión temporal y en otro suelo; que las resonancias, si alguna había, tenían eco sólo en unos pocos ánimos escogidos; que si queríamos reconocer el latido de la solidaridad histórica, teníamos que limitarnos a escuchar el de nuestro propio corazón. Una vez más, "solidario" y "solitario" adquirirían estricta sinonimia.

Durante este último cuarto de siglo hemos asistido al recambio político, biológico y sociológico de la sociedad española, primero con expectación, luego con esperanza y final-

mente con desilusión. Biológicamente, la comunidad humana de donde procedemos es otra, y la generación de quienes se enfrentaron con las armas en la mano en la década de los treinta, ha desaparecido casi totalmente. Se han cumplido las condiciones necesarias para que una especie de pacto de silencio, que ya se percibía anunciándose desde los primeros meses de la transición, haya llegado a sus consecuencias extremas, haciéndola aparecer más como una transacción a la enseña de un transformismo dictado por necesidades e intereses económicos determinados. Uno de los precios que se han pagado para alcanzar este estado de cosas ha sido el desconocimiento de aquella historia. En una colectividad como la española, en la que siempre se ha leído poco, y en la que la enseñanza del pasado en el sistema escolar se mantuvo por lo menos hasta hace dos décadas en un punto congelado en 1936 y deformado por interpretaciones unilateralmente partidistas, una capa de olvido o de indiferencia parece haberse instalado. Los muchos libros sobre el tema de la guerra civil y sus consecuencias no han penetrado mucho más allá de unas minorías con buena voluntad.

En realidad, ha tenido que pasar una generación entera, la cual, al llegar a su madurez, está mostrando, desde las trincheras de la cultura académica, un interés por el exilio republicano causado por la guerra civil. Hace sólo cuatro años que por primera vez una Universidad convocó y realizó el Primer Congreso Internacional sobre el exilio literario: La Universidad Autónoma de Barcelona. Ha fructificado en este año de 1999, en un ramillete de Congresos repartidos por todo el país. Es un buen signo para la cultura y la recuperación de la memoria histórica. Llega justo a tiempo de lo irremediable, porque un hecho nuevo se ha producido mientras tanto: los últimos que quedamos de aquel terremoto político y social estamos ya desapareciendo. Con nosotros, desaparecerá toda memoria viva de "aquello" y la corrección posible o necesaria que pueden aportar los testigos. De la literatura del exilio no ha surgido ningún Dante Alighieri ni ningún Ovidio y tanto menos un Virgilio que cante las gestas de Eneas y de sus vencidos penates. Hubo, sí, a lo largo de tantos años, una eclosión de individualidades creadoras repartidas en su mayoría por el Continente Americano. Aquilatarlas en su verdadero valor será tarea delicada y arriesgada, so pena de falsificar una autenticidad de nacimiento, riesgo que aflora continuamente por el desconocimiento de las circunstancias en que se produjo. La vuelta al manantial de donde todas proceden es indispensable: la efervescencia cultural y social que llevó a la instauración de la Segunda República. La atmósfera europea en la que España se ve envuelta a finales de este siglo parece propicia: apunta en el horizonte una voluntad de hacer nacer una moral ética sobre la cual construir un código de conducta legítimo y lícito avalado por una democracia ideal. En aras de esta moral ética se sacrificó el ideal republicano que vio la luz en 1931. Sus consecuencias fueron guerra y exilio. Establecer causas y efectos a través del estudio de la obra escrita que produjo el exilio, en la perspectiva justa y rigurosamente estudiada, significará rendir una justicia póstuma a sus autores y afirmar con la fuerza debida a la inteligencia la validez de la cultura y su superioridad sobre la barbarie, siempre al acecho.